



Universidad  
Nacional  
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario  
Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final  
Modalidad: Ensayo

Un abordaje psicoanalítico del ataque de pánico: ¿un síntoma de  
época?

Autor: Ise Analí  
DNI: 41634739  
Legajo: I-5101/2  
E-mail: [anali.isee1@gmail.com](mailto:anali.isee1@gmail.com)  
Docente responsable: Zubkow Viviana  
Año: 2025

|   |           |
|---|-----------|
| <b>Agradecimientos</b>  | <b>3</b>  |
| <b>Resumen</b>  | <b>4</b>  |
| <b>Introducción</b>   | <b>5</b>  |
| <b>Un recorrido acerca de las teorizaciones sobre la angustia y sus exteriorizaciones</b> | <b>7</b>  |
| <b>La autoridad en la construcción de la subjetividad y sus transformaciones</b>          | <b>9</b>  |
| <b>De la autonomía del sujeto posmoderno, al exilio de la subjetividad</b>                | <b>11</b> |
| <b>El Otro que no existe: la caída de los ideales</b>                                     | <b>13</b> |
| <b>Viejas angustias, ¿nuevos síntomas?</b>  | <b>14</b> |
| <b>Conclusiones</b>   | <b>16</b> |
| <b>Referencias bibliográficas</b>   | <b>17</b> |

## Agradecimientos

A mi mamá, ya que sin ella nada hubiese sido posible.

A Josefina, mi primera analista, quien me confirmó lo enriquecedor de la propia experiencia en análisis, y habilitó el deseo con una pregunta esencial: “¿y si sí?”.

Por último, al psicoanálisis, en tanto práctica transformadora que más que curar, vivifica.

## Resumen

El presente ensayo propone una lectura del ataque de pánico como síntoma de época producto de las transformaciones culturales propias de la posmodernidad. En primer lugar, el análisis se articula en torno a pensar la caída del Otro o del padre, en tanto lugar de la ley simbólica, dentro de una crisis de las figuras de autoridad que históricamente ofrecían un sostén simbólico y ordenaban la experiencia subjetiva, para luego abordar el ataque de pánico como síntoma cultural, producto de la emergencia de angustia que surge en el encuentro del sujeto con lo real, sin velo simbólico.

El ensayo concluye afirmando que la angustia tiene carácter constitutivo, por lo tanto no puede ser leída como novedad. Lo novedoso de estas manifestaciones es la falta de soporte simbólico que enmarca dicha angustia en el sujeto contemporáneo, producto de la caída de los ideales en la época actual.

**Palabras clave:** ataques de pánico - angustia - posmodernidad - caída del Otro

## Introducción

En la época posmoderna que nos toca habitar, entendida según Lyotard (1979) como “el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX” (p. 6) nos encontramos atravesados por una lógica que espera que nada escape a la cuantificación, a lo comprobable y al progreso infinito. Ante esto, la angustia se presenta como un obstáculo, y se vuelve recurrente en los síntomas actuales manifestándose como ataque de pánico.

Partiendo desde el enfoque de la psiquiatría, el ataque de pánico como trastorno fue incluido en el Manual Diagnóstico y Estadístico de Enfermedades Mentales (DSM) en 1995, diferenciándolo del trastorno de ansiedad generalizada. Esta no es una “patología nueva”, pues, aproximadamente en los años 60, el término pánico ya había sido introducido en la comunidad científica por Donald Klein, y ya se venía gestando en 1900 con Sigmund Freud e incluso antes en la psiquiatría clásica, remitiéndonos al lejano 1880, cuando se hablaba de las crisis de angustia entre los enfermos mentales. Este trastorno mental incluye síntomas somáticos tales como síntomas respiratorios (disnea), cardíacos (taquicardia), digestivos (náuseas), musculares (temblores), entre otros. La manifestación psíquica más expresada es el sentimiento de muerte inminente, que puede llevar al individuo a la parálisis total de sus funciones.

Ahora bien, a pesar de que el ataque de pánico tiene manifestaciones sintomáticas físicas y mentales visibles, y se lo ha trabajado como un diagnóstico dentro de una nosografía médica, es notorio cuánto ha aumentado este motivo de consulta en la clínica actual; es decir, que se destaca un crecimiento de casos en los últimos tiempos, con lo cual resulta necesario repensar esta afectación como un síntoma de época, en relación con la posmodernidad. Es decir, se parte entonces de la premisa de sostener que los ataques de pánico son un síntoma cultural, producto de los efectos subjetivos de la posmodernidad. Así, la cuestión ya no es únicamente médica o psicológica, sino una problemática histórica y cultural.

Es por esto, que el objetivo del presente ensayo es abordar al ataque de pánico no sólo como un trastorno de ansiedad definido por la nosografía médica, sino como una manifestación que puede leerse dentro de la práctica psicoanalítica como síntoma de época, vinculado estrechamente a las transformaciones culturales y simbólicas propias de la posmodernidad. De esta forma, este enfoque permite problematizar el incremento de casos en la clínica contemporánea desde una mirada que trasciende la dimensión puramente clínica, para situarlo en el cruce entre subjetividad e historia.

El análisis se articula en torno a dos categorías fundamentales: en primer lugar, la caída del Otro o del padre, en tanto lugar de la ley simbólica, caída entendida como la crisis de las figuras de autoridad que históricamente ofrecían un sostén simbólico y ordenaban la experiencia subjetiva; en segundo lugar, el ataque de pánico pensado como síntoma cultural que puede ser leído como manifestación de ese desanudamiento, que se presenta como una irrupción angustiante allí donde fallan los semblantes imaginario-simbólicos que estructuraban al yo.

La premisa que orienta este trabajo sostiene que el ataque de pánico puede ser comprendido como una expresión contemporánea del malestar en la cultura: un síntoma cultural que da cuenta de los efectos subjetivos que produce la disolución de las referencias simbólicas fuertes y la consecuente fragilidad del lazo social en el marco de la posmodernidad.

De esta forma, si bien entendemos que el psicoanálisis no habla de ataque de pánico, el presente ensayo desarrollará un recorrido a través de las teorizaciones en torno a la angustia, con el objetivo de plantear la relación existente entre el desdibujamiento de las figuras de la autoridad en la época posmoderna y los ataques de pánico como un síntoma de época.

## Desarrollo

### ***Un recorrido acerca de las teorizaciones sobre la angustia y sus exteriorizaciones***

Sabemos que Freud abordó por primera vez el problema de la angustia en el curso de sus investigaciones sobre las neurosis actuales. En "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia" (1895), Freud distingue la neurastenia de la neurosis de angustia, y plantea las diversas formas del ataque de angustia, que formarían parte de las Neurosis Actuales:

Se mantiene las más de las veces latente para la conciencia, pero en continuo acecho. También puede irrumpir de pronto en la conciencia, sin ser evocado por el decurso de las representaciones, provocando un ataque de angustia. Un ataque tal puede consistir en el sentimiento de angustia solo, sin ninguna representación asociada, o bien mezclarse con la interpretación más espontánea, como la aniquilación de la vida, caer fulminado por un síncope, la amenaza de volverse loco; o bien el sentimiento de angustia se contamina con una parestesia cualquiera (semejante al aura histérica) o, por último, se conecta con la sensación de angustia una perturbación de una o varias funciones corporales: la respiración, la actividad cardíaca, la inervación vasomotriz, la actividad glandular. De esta combinación, el paciente destaca un factor: se queja de espasmos en el corazón, falta de aire, oleadas de sudor, hambre insaciable, etc., y en su exposición es frecuente que el sentimiento de angustia quede completamente relegado o se vuelva apenas reconocible como un sentirse mal, un malestar. (p. 94)

De esta forma, piensa al ataque de angustia dentro de las Neurosis actuales, ya que el afecto de angustia no proviene de una representación infantil reprimida, sino que es una suma de excitación no tramitada adecuadamente por el aparato psíquico.

Ahora bien, en *Inhibición, Síntoma y Angustia* (1926), Freud deja de lado la teoría que venía sosteniendo: ya no concibe a la angustia como libido trasmudada, sino como una reacción frente a situaciones de peligro regida por un modelo particular, el del nacimiento. Pero aún afirma como posible que en el caso de la neurosis de angustia "sea el exceso

de libido no aplicada el que encuentre su descarga en el desarrollo de angustia” (p. 133). Este último remanente de la antigua teoría sería abandonado pocos años más tarde. Pero a pesar de esto, al examinar el problema de la angustia en la 32ª de sus Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933), escribió que también en la neurosis de angustia, el desarrollo de angustia era una reacción ante una situación traumática: “Ya no afirmaremos que sea la libido misma la que se muda entonces en angustia” (p. 87). En esta conferencia, Freud distingue la angustia realista de la angustia neurótica: “la primera es una reacción que nos parece lógica frente al peligro, a un daño esperado de afuera, mientras que la segunda es enteramente enigmática, como carente de fin.” (p. 76). De esta forma, describe a la angustia realista como un estado de atención sensorial incrementada y tensión motriz, que llama apronte angustiado. A partir de ese estado se desarrolla la reacción de angustia, y señala dos posibles desenlaces en él:

O bien el desarrollo de angustia, la repetición de la antigua vivencia traumática, se limita a una señal, y entonces la restante reacción puede adaptarse a la nueva situación de peligro, desembocar en la huida o en acciones destinadas a ponerse a salvo, o bien lo antiguo prevalece, toda la reacción se agota en el desarrollo de angustia, y entonces el estado afectivo resultará paralizante y desacorde con el fin para el presente. (p. 76)

A partir de esto, Freud intenta resolver a qué se tiene miedo en la angustia neurótica, para diferenciarla de la realista, y llega a la siguiente conclusión: “La diferencia con la situación de la angustia realista reside en dos puntos: que el peligro es interno en vez de externo, y que no se discierne conscientemente.” (p. 78). Tomando esto, entendemos entonces que la angustia señal, se diferencia de la invasión de angustia que quedaría del lado del terror, del susto cuando se entra en contacto con aquello que no se puede representar, no se puede poner en palabras, causando el efecto de sorpresa y de desvalimiento que describe Freud. De esta forma, el ataque de pánico lo podríamos ubicar dentro de las Neurosis Actuales, pero tomando las últimas teorizaciones de Freud en donde contaba con la 2da tópica, también resulta fundamental entender al ataque de pánico dentro del marco de imposibilidad de representar el peligro interno frente al cual el sujeto se encuentra desvalido para defenderse psíquicamente. La angustia señal, como aquello que funciona como alerta para el sujeto no se hace presente, y la angustia irrumpe de manera traumática. Entonces, desde la perspectiva freudiana podemos situar al ataque de pánico como una insuficiente elaboración psíquica de la angustia.

Ahora bien, para pensar al ataque de pánico como síntoma de la posmodernidad,

resulta fundamental centrarnos en la sensación de desamparo que se presenta en estas manifestaciones, en donde se hace presente la angustia frente a un peligro sin objeto, tal como lo detallamos anteriormente desde las teorizaciones de Freud. De esta forma, el sujeto entra en un sin sentido y el yo pierde su referencia. Esto se puede observar en frases como: “no sé qué me pasa”, “se sintió como que me moría”, “me faltaba el aire, pensé que me iba a morir” comúnmente citadas por personas que han sufrido este tipo de ataques. Así pues, el sujeto presenta sentimientos de desprotección y de pérdida de sentido. Podemos plantear una articulación entre este sentimiento de desprotección y lo que sostiene Freud como el estado de desamparo originario, el cual en alemán denomina *Hilflosigkeit*. Para hablar de esto, propone que el arquetipo de peligro al cual se enfrenta el sujeto es el nacimiento, el cual implica la separación con la madre, dejando al bebé en un estado de desamparo originario. Este estado da cuenta de la desprotección del recién nacido y de la dependencia total con su madre. De esta forma, sería posible pensar que en el ataque de pánico, la angustia irrumpe en el sujeto amenazando con revivir aquella primera vivencia traumática de desamparo, que en este síntoma se manifiesta como la falta de recursos, de no saber donde ir para encontrar ayuda, una ausencia de cualquier apoyo, tal como el niño separado de su madre quedaría entonces en ese momento originario. En síntesis, la sensación de desamparo vivenciada en los ataques de pánico estaría articulada con la pérdida de aquellas referencias reguladoras y ordenadoras de la subjetividad.

### ***La autoridad en la construcción de la subjetividad y sus transformaciones***

Sabemos que la figura de autoridad tiene varios niveles de análisis que inevitablemente se entrelazan. Si bien existe una tendencia más o menos generalizada a pensar el término "autoridad" desde la perspectiva vinculada a conceptos como dominio, obediencia o poder, desde el psicoanálisis entendemos la figura de autoridad como una función ordenadora y estructurante, permitiendo la constitución del sujeto y habilitando el deseo, cuyo origen encontramos en las identificaciones, concepto definido por Freud en 1921 como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p. 99).

Siguiendo con esto, para pensar la relación del sujeto con la figura de autoridad, tomamos a Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), quien cita a Le Bon para teorizar sobre cómo actúa el hombre dentro de la masa. Sobre esto, resulta relevante extraer un fragmento que describe el comportamiento de la misma respecto de su líder, quien tendría un papel de “hipnotizador”, para adentrarnos a articular la función de la

figura de autoridad y cómo esta influye de manera directa en el comportamiento de los individuos que conforman la masa:

Puesto que la masa no abriga dudas sobre lo verdadero o lo falso, y al mismo tiempo tiene la conciencia de su gran fuerza, es tan intolerante como obediente ante la autoridad. Respeta la fuerza, y sólo en escasa medida se deja influir por las buenas maneras, que considera signo de debilidad. Lo que pide de sus héroes es fortaleza, y aun violencia. Quiere ser dominada y sometida, y temer a sus amos. Totalmente conservadora en el fondo, siente profunda aversión hacia las novedades y progresos, y una veneración sin límites por la tradición. (p. 89)

Sobre esto podemos pensar, que lo que mantenía el lazo entre la masa y su líder, eran los valores tradicionales que sostenían a esa figura como legítima, lo cual ocasionaba que funcione como referencia ante la pérdida de sentido.

Por otro lado, los cambios históricos y culturales de la modernidad y la posmodernidad, trajeron como consecuencia la transformación de la autoridad. La figura del padre, y más ampliamente, las figuras parentales o de autoridad simbólica, ha sufrido procesos de transformaciones profundas. En esta sociedad posindustrial, predomina la autonomía individual y la autoexpresión, fenómenos que promueven una emancipación respecto de la autoridad externa. Los individuos aceptan cada vez menos reglas y normas prescritas, ya no confían en instituciones u organizaciones, las cuales funcionaban en la Modernidad como ordenadoras de la sociedad y del sujeto. De esta forma, en la era posmoderna el referente a seguir se vuelve el Yo mismo, de modo que la autoridad se convertiría en una instancia internalizada. Entonces podemos pensar que este giro cultural conlleva una crisis en la confianza hacia las instituciones tradicionales, y una internalización de la autoridad, donde el individuo se convierte en referente de sus propias decisiones. Sobre esto, Lasce (2006) afirma “podemos plantear que el meollo del espíritu posmoderno es la emancipación de la autoridad, pero de la autoridad externa.” (p. 11)

De esta forma, desde una lectura psicoanalítica, se puede pensar a esta premisa posmoderna, dedicada a cuestionar extremadamente las tradiciones y sobre todo la autoridad, en relación a la psicología del Yo, en donde lejos de descentrar la cuestión, y pensar al sujeto inherente a sus identificaciones como así también al tejido social que lo conforma, se propone una lógica ilusoria imaginaria en donde el Yo gobierna todos los aspectos de la vida del sujeto, y se crea un supuesto erróneo en donde ya no serían necesarios aquellos valores tradicionales que funcionaban como anclaje para la vida del

sujeto. De esta forma, si bien la posmodernidad trajo consigo ideas revolucionarias y contribuciones innegables, produjo transformaciones en los procesos sociales que tienen efectos en la clínica, y en los modos en que se presentan los padecimientos de la época. Es decir, esta premisa del Yo como quien controla, decide y piensa, invalidando toda legitimidad anterior, acarrea consecuencias graves que en este caso se evidencian en los ataques de pánico. La sensación de desamparo, que se presenta como angustia cuando falla la angustia señal e irrumpe de manera inesperada, es el síntoma más frecuente. El sujeto es avasallado por una pérdida de sentido, ya que se trataría de un desdibujamiento estructural de los referentes que ordenaban el mundo psíquico y social. Las promesas de libertad, individualidad y desregulación normativa han dejado un sujeto más autónomo, sí, pero también más solo. En este contexto, el ataque de pánico puede entenderse no sólo como un trastorno de ansiedad, sino como una manifestación somática de una falta o insuficiencia de anclaje simbólico.

### ***De la autonomía del sujeto posmoderno, al exilio de la subjetividad***

Siguiendo con esto, para continuar pensando una articulación entre la decadencia de la autoridad y el ataque de pánico, resulta fundamental tomar a Lacan, quien teoriza una nueva concepción de la angustia, situándola en una dimensión estructural del sujeto respecto del deseo del Otro.

En el seminario 10, Lacan (1962) introduce la temática de la angustia afirmando: “verán precisamente lo que hay que ver a propósito de la angustia, a saber, que no hay red. Tratándose de la angustia, cada eslabón, por así decir, no tiene otro sentido que el de dejar el vacío donde está la angustia.” (p. 18). De esta forma, Lacan plantea la angustia como señal de lo real, y plantea concebirla como la vía de acceso a lo que no es significante.

Además, según Miller, Lacan toma también la angustia de nacimiento como el prototipo de la angustia. Según el autor, lo que Lacan llama angustia tiene que ver con el pasaje de la realidad a lo real, y piensa al prototipo de angustia de nacimiento como correlativo al desfallecimiento del significante: “¿Y cómo evidenciar mejor el desfallecimiento del significante que con la referencia al episodio primordial del nacimiento como referencia última de la angustia, como prototipo de la angustia?”. (Miller, 2007, p. 30)

Miller (2007) plantea que “el Seminario de La angustia sigue un camino difícil, con la resonancia que esta palabra puede adquirir a partir de este esquema de una desimbolización del objeto, una designificantización del objeto, correlativa además de una desimaginarización.” (p. 34). Es decir, Lacan elabora una nueva estructura no significante

de la falta.

Además, Miller (2007) propone una lectura del seminario 10 diferenciando la angustia del concepto, como así también el tratamiento que se propone desde la teoría conductista-conductual que consiste en considerar la angustia desde el aquí y ahora:

Para ellos la angustia se resuelve, cuando en realidad el acercamiento analítico de la angustia posee una profundidad histórica que hace que la noción misma de curar la angustia tenga algo vano, desplazado. Se trata de algo que tiene su alcance. De modo que aquí la angustia se ubica fuera de los límites dibujados por el sujeto del significante, cosa que vela el primer cuadro que Lacan propone. Por supuesto, hay un más allá del embarazo propio del sujeto barrado. En los análisis rankianos, freudianos, lacanianos, se llega hasta el desamparo, hasta la Hilflosigkeit, hasta el desconcierto, más allá del embarazo, allí donde está ausente toda orientación significativa. (p. 31)

Entonces, Lacan (1962) plantea que “la angustia es la única traducción subjetiva del objeto a” (p. 113), ya que estaba trabajando sobre el objeto a como aquello que escapa a lo especular, y también al significante. Plantea por un lado, la dimensión de lo que engaña, situando allí la demanda por la huella significativa, y esto le sirve para ubicar a la angustia como aquello que no engaña, debido a su carácter irreductible al significante, no se deja atrapar, es pues, el resto real.

Además, resulta fundamental destacar la noción de lo unheimlich que trabaja Lacan, tomándolo de Freud, en relación a la angustia. Para esto, se pregunta “¿cuándo surge la angustia? la angustia surge cuando un mecanismo hace aparecer algo en el lugar que llamaré -phi” (Lacan, 1962, p. 52). Aquí Lacan explica que la angustia emerge en la relación del sujeto con lo real, en donde debería haber un vacío, y lo real se presentifica sin velo simbólico. Es en ese encuentro, en donde el sujeto vivencia algo del orden de lo que Lacan llamará lo unheimlich. “Lo unheimlich es lo que surge en el lugar donde debería estar el menos phi.” (Lacan, 1962, p. 52). En este momento, el sujeto queda relegado al lugar de objeto del Otro, y es allí donde se ubica el exilio de la subjetividad. Es decir, cuando el sujeto se reconoce como mero objeto del Otro, esto provoca angustia, que se manifiesta en sensaciones de pérdida de referencias y un sentimiento de sinsentido del mundo. “Hace que aparezcamos como objeto, al revelarnos la no autonomía del sujeto” (Lacan, 1962, p. 58). Así pues, podemos pensar que la angustia tiene que ver con la experiencia directa con lo real sin velo simbólico, ya que entendemos que el objeto a solo

es tolerable cuando hay distancia con el sujeto, cuando se presenta en una escena fantasmática. Por lo tanto, el exilio de la subjetividad que experimenta el sujeto ante la pérdida de sentido, es el que genera angustia, ya que revela la no autonomía del sujeto respecto del Otro, en donde se le presenta algo del orden de lo real, que debería mantenerse velado. A partir de esto, podemos relacionar la sensación de desamparo propia del ataque de pánico, con el exilio de la subjetividad propuesto en este seminario, como favorecedora de la emergencia de un ataque de pánico. Es así, que también hay momentos de aparición del objeto a en la cual el sujeto percibe en la experiencia la dimensión de lo extraño. Continúa diciendo que “ésta no puede en modo alguno captarse como algo frente a lo cual el sujeto permanece transparente a su conocimiento. Ante eso nuevo, el sujeto literalmente vacila, y todo en la relación supuestamente primordial del sujeto con cualquier efecto de conocimiento es puesto en cuestión” (Lacan, 1962, p. 71). Con esto podemos seguir articulando los síntomas del ataque de pánico: pérdida de conocimiento, despersonalización, pérdida de sentido, etc, ya que Lacan concluye planteando que “una dimensión de la angustia es la falta de ciertos puntos de referencia”. (p. 72)

### ***El Otro que no existe: la caída de los ideales***

Ahora bien, esta carencia de puntos referenciales para el sujeto, se debe a una consecuencia en la transformación de la subjetividad producto de la era posmoderna. Sabemos que en la Modernidad, los ideales funcionaban como modeladores subjetivos, que servían de orientación en la vida social e individual, generando una sensación de amparo y protección. Por el contrario, en la época actual nos encontramos con la caída de los ideales, contexto que favorece la emergencia del ataque de pánico. Para pensar esto, resulta fundamental tomar la tesis de Miller (1997) “El Otro que no existe”, en donde realizan una lectura de época, y sostienen que en la actualidad nos encontramos ante la inexistencia del Otro, una época caracterizada por la falta de una seguridad sobre las ideas, la tradición o el sentido común. “La inexistencia del Otro inaugura verdaderamente la época lacaniana del psicoanálisis”, (Miller, 1997, p. 10). Así, en una época en la que el Otro se revela como siendo no más que un semblante, Miller (1997) plantea que “la época actual está atrapada en el movimiento en continua aceleración de una desmaterialización vertiginosa que coronará de angustia la cuestión de lo real. Se trata de una época en la que el ser, o más bien el sentido de lo real, se volvió un interrogante.” (p. 11). Esto hace que la pregunta por lo que es verdaderamente lo real se exacerbe en la contemporaneidad, pregunta que no tiene más que respuestas contradictorias e

inconsistentes.

Así, podemos pensar que en la actualidad, el Otro no funciona como amparo ante la angustia, debido a que hoy en día la ciencia no puede garantizar un real que sirva como punto de referencia, ya que lo real mismo es lo que es puesto en duda contemporáneamente, en donde no hay nada seguro que se pueda decir ni sobre cómo son, ni sobre cómo deberían ser las cosas, contrariamente a la certeza y seguridad que podíamos encontrar en los ideales tradicionales, que estaban establecidos sobre certidumbres identificatorias milenarias son entonces desmentidas. De esta forma, en la época actual el Otro se nos revela en su ruina. La Idea mayúscula, la tradición y el sentido común han dejado de brindarnos seguridad. El Otro ha dejado de existir, abriendo la época del cuestionamiento extremo, en donde ya no queda ninguna mínima certeza de una verdad o saber validado por la sociedad.

De esta forma, Miller plantea que el Otro es sólo un semblante, que hace de la pregunta por lo real una pregunta angustiada, en donde tal como mencionábamos anteriormente, aparece la angustia ya no ante el enigma del deseo del Otro, sino aquella angustia cuando hay una carencia de soporte de apoyo para la falta, es decir, cuando falta la falta. De esta manera, nos encontramos según Miller (1997) frente a una crisis de lo real: “la inmersión del sujeto contemporáneo en los semblantes problematiza lo real de allí en más para todos. Y no es exagerado afirmar que esta problematización se esboza sobre un fondo de angustia”. (p. 12). Entonces, podemos plantear que “el Otro que no existe” está en relación a la caída de los ideales, dicho de otro modo, la declinación del padre, siendo esta carencia paterna un síntoma cultural que se traduce a la inexistencia del Otro, provocando angustia que desencadena los ataques de pánico.

### ***Viejas angustias, ¿nuevos síntomas?***

Ahora bien, entendemos que esta época nos trae nuevas formas de lectura respecto al síntoma, comprendiendo que las características epocales tienen una incidencia en la manifestación de síntomas, influyendo en la envoltura que estos toman. Se entiende así, que los síntomas que aparecen en cada época son signo de aquello que no marcha en la cultura. Leer los síntomas, tanto singulares como sociales, implica una orientación que tenga en cuenta los cambios que las coordenadas de cada época imprimen a las tipologías con que esos síntomas se manifiestan. Para esto es fundamental tomar la siguiente afirmación de Lacan (1953): “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte, la subjetividad de su época” (p. 138).

Entonces, si la época es hacer un corte en el tiempo, para dar cuenta de ella y de sus

características, observamos que la actual, siguiendo a Miller, se caracteriza por la inexistencia del Otro. Es decir, no se dispone de un Otro consistente que ofrezca los significantes como antes. Tomando a Soler (2001), sostiene que “la angustia moderna es una angustia de la ausencia del Otro. Una época donde ya no hay Otro y donde lo universal está muerto” (p. 65). De esta manera, la autora establece una relación entre la angustia y el Otro, explicando que “hay toda una serie de expresiones que nos indican que la angustia es efectivamente el afecto propio del ser arrojado al mundo sin Otro. (p. 68)

Pero por otro lado, también es importante sostener, que si bien la época permite la lectura de nuevas manifestaciones sintomáticas, de lo que se trata es de la relación del sujeto con el Otro, y cómo la angustia se relaciona con lo real. De esta forma, no se trataría entonces de la aparición de nuevos síntomas, ya que la angustia no tiene carácter de novedad. La novedad hoy, es el carácter expansivo que estos síntomas han cobrado. Soler (2000) al hablar de angustia a través de las épocas sostiene:

La angustia es un afecto genérico del hablaser, (parlêtre), del ser hablante. Es antigua como el mundo y no cesará seguramente jamás. Se puede decir que no hay sujeto que no haya experimentado la angustia, esto no existe. E incluso, se sabe, que en la infancia, las fases de angustia son un pasaje casi obligado. En este sentido, efectivamente, la angustia es tan antigua como el mundo, lo que no impide no obstante que pueda fluctuar en sus formas, en sus ocasiones, con la historia. y creo que es necesario decir en qué consisten estos cambios, encuadrar los cambios de la angustia, dar las coordenadas. (p. 6)

Siguiendo con esto, entendemos entonces que la angustia no solo es inevitable, sino también constitutiva. Es aquí donde se nos presenta el problema de cómo en la subjetividad actual el fantasma va a posicionarse en relación al Otro de nuestra época, que se especifica desde su no existencia. Esto nos sirve para pensar entonces, a la angustia como lo inevitable e invariante, que se presenta sin bordeamiento simbólico debido a la carencia de la legalidad paterna, y al ataque de pánico como un síntoma de época, novedoso en su manifestación, pero no lo podríamos concebir como un síntoma nuevo o hablar de nuevas angustias, sino preguntarnos cómo las clásicas angustias se ven articuladas de manera particular en la escena fantasmática con el Otro, debido a las transformaciones subjetivas epocales.

## Conclusiones

A lo largo del presente ensayo se ha podido establecer que el ataque de pánico, más allá de su categorización médica dentro de los trastornos de ansiedad, constituye una manifestación sintomática propia de la subjetividad posmoderna. Su emergencia puede pensarse como respuesta al desvanecimiento de los marcos simbólicos tradicionales y a la consecuente pérdida de referencias que antaño ordenaban la angustia del sujeto. En este sentido, el mismo se revela como un síntoma de época, expresión del malestar contemporáneo frente a la disolución de los ideales y la caída de las figuras de autoridad.

Desde el recorrido teórico realizado, se reconoció que la angustia, tal como fue trabajada por Freud y posteriormente reformulada por Lacan, se presenta como un afecto estructural que, en el contexto actual, encuentra nuevas formas de expresión. La ausencia de un Otro consistente desde una lectura epocal, planteada por Miller, sitúa al sujeto frente a un vacío simbólico que reactualiza el desamparo originario, favoreciendo la irrupción de la angustia sin mediación, propia del ataque de pánico, cuando falta el marco simbólico que funcionaba como amparo.

Así, el análisis permitió vincular el ataque de pánico con los efectos subjetivos de la cultura posmoderna, caracterizada por la disolución de los lazos sociales y la fragilidad de los ideales. En este marco, el sujeto contemporáneo se enfrenta a un exceso de libertad y de elección, pero al mismo tiempo, a una carencia de sostén simbólico que lo deja en contacto con lo real sin velo simbólico, a partir de la cual emergen sensaciones de sinsentido y desamparo.

A modo de cierre, el ataque de pánico puede leerse como una forma moderna del malestar en la cultura, un modo en que la angustia retorna allí donde se desdibujan las coordenadas simbólicas que antes otorgaban consistencia al lazo social. Esta perspectiva invita a pensar la clínica contemporánea no sólo desde lo singular, sino desde una lectura que incluya las transformaciones históricas y culturales que afectan la constitución subjetiva en la posmodernidad. Para finalizar, es importante destacar esta invitación a un desafío al psicoanálisis de estar, como dice Lacan, a la altura de la época, y poder habilitar lecturas que permitan articular las manifestaciones sintomáticas en relación al malestar de cada conjunto social. Así, poder alojar el padecimiento psíquico de cada época de manera particular, nos permite entonces sostener la vigencia del psicoanálisis, que lejos de ser una práctica antigua, como suelen sostener otras escuelas de psicología, demuestra cada vez más su legitimidad respecto al sufrimiento del sujeto.

## Referencias bibliográficas

Correa Alvarado, R., & Sabando Molina, K. (2021). *La Asociación Libre en el tratamiento del ataque de pánico*. *Revista Sinapsis*, 2(20).

Fasce, L. B. (2006). *La figura de autoridad: su universo simbólico y la posmodernidad*.

Recuperado de

<https://revistas.unife.edu.pe/index.php/tematicapsicologica/article/view/906/817>

Freud, S. (1895). *Obras completas. Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia*. Volumen 3. Ed. Amorrortu

Freud, S. (1921). *Obras completas. Psicología de las masas y análisis del yo*. Volumen 18.

Ed. Amorrortu

Freud, S. (1926). *Obras completas. Inhibición, síntoma y angustia*. Volumen 20. Ed.

Amorrortu

Freud, S. (1933). *Obras completas. Conferencia 32: Angustia y vida pulsional*. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Volumen 22. Ed. Amorrortu

Lacan, J. (1962–1963). *Seminario 10: La angustia*. Ed. Paidós

Lyotard, J.F. (1984). *La condición posmoderna: Informe sobre el saber* (Trad. Mariano Antolín Rato). Madrid: Cátedra.

Miller, J. A. (1997). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Ed. Paidós

Miller, J. A. (2007). *La angustia lacaniana*. Ed. Paidós

Oliveira, A. (2019). *¿Qué dice el psicoanálisis sobre el ataque de pánico? Intersecciones Psi*, 3(33). Recuperado de <https://www.aacademica.org/arid.olima/3>

Soler, C. (2000). *Declinaciones de la angustia*. Ed. Manantial